

**Discursos de la investidura de D. Andrés Santiago Suárez Suárez
como *Doctor Honoris Causa*
por la Universidad de Santiago de Compostela
(Santiago de Compostela, 22 de junio de 2001)**

Recibido: 4 de diciembre de 2006

Aceptado: 8 de noviembre de 2007

**LECCIÓN DOCTORAL DEL EXCMO. SR. D. ANDRÉS SANTIAGO SUÁREZ
SUÁREZ EN EL ACTO QUE TUVO LUGAR EL VIERNES 22 DE JUNIO DE 2001
EN EL SALÓN NOBLE DEL COLEGIO DE FONSECA PARA SU INVESTIDURA
COMO *DOCTOR HONORIS CAUSA* EN CIENCIAS ECONÓMICAS Y
EMPRESARIALES POR LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA**

Excelentísimo señor rector magnífico de la Universidad de Santiago de Compostela.

Ilustrísimo señor decano de la Facultad de Económicas y Empresariales.

Excelentísimos señores vicerrectores y cuantas más dignidades aquí se encontraren.

Queridos amigos y compañeros.

Señoras y señores.

**ECONOMÍA, EXISTENCIALISMO Y POSTMODERNIDAD CON INCRUSTACIONES
AUTOBIOGRÁFICAS**

Primeras palabras

Hoy es para mi un día especialmente emotivo. La Universidad de Santiago de Compostela, la Universidad de Galicia por excelencia y una de las más prestigiosas de España y de Europa, me ha honrado concediéndome la dignidad de *Doctor Honoris Causa*. Ninguna otra distinción, reconocimiento o galardón podría agradarme más, una distinción que yo no cambiaría por todo el oro del mundo.

Siempre se nos recordó aquello de que nadie es profeta en su tierra, y la historia se ha encargado de confirmar la veracidad de esta máxima. Que a uno le quieran es lo más hermoso del mundo. Que a uno le quieran además los suyos, sus paisanos, cuando uno lleva ya tanto tiempo viviendo fuera de su tierra, es una maravilla.

Su generosidad ha sido enorme y mi gratitud es inmensa; gratitud que quiero expresar, en primer término, al Departamento de Economía Financiera y Contabilidad, de quien partió la propuesta de mi candidatura; y a la Junta de Facultad en su conjunto, quien no sólo no vetó la propuesta sino que acordó tramitarla por unanimidad. Debo mencionar aquí, como no, los nombres de José Antonio Redondo, Manuel Castro Cotón, Isabel Blanco, Justino Bastida, José Antonio Varela, Edelmira Neira y el profesor Quiñoá, y en ellos a todos los miembros de la Junta de Fa-

cultad. Mi gratitud, por supuesto, a la Junta de Gobierno de la Universidad y, muy especialmente, a su rector, don Darío Villanueva, sin cuya conformidad nada hubiera sido posible.

Les confieso que este importantísimo reconocimiento me reconforta y me anima a seguir trabajando como creo que hice hasta ahora, para procurar estar al día en la rama del saber que yo cultivo y dárselo todo a mis alumnos, sin esperar nada a cambio. La formación de buenos profesionales en los campos de la economía, la administración y las finanzas –no sólo rigurosos y eficaces, conocedores de las técnicas más modernas, sino también rectos, comprensivos y honestos– ha constituido la principal razón de ser de mi propia vida. Administrar bien para que todos podamos vivir mejor. Este fue el metarrelato de mi duscurrir existencial.

Soy consciente de lo que todo esto significa, y les prometo que he de procurar ser en todo momento un digno merecedor de la alta dignidad que acabáis de conferirme.

Mil gracias a todos los amigos y colegas de esta y de otras universidades y ciudades de España, quienes haciendo un alto en su quehacer diario y viniendo, en muchos casos, desde muy lejos, han querido estar hoy aquí conmigo. Por obvias limitaciones de tiempo no puedo mencionar uno por uno, como a mi me gustaría. Pero su gesto o testimonio de amistad me honra y emociona. Son las cosas –las pequeñas cosas y a la vez grandes detalles– que de verdad se agradecen y que uno nunca olvida.

A modo de introducción

Los jóvenes que nacimos a finales de nuestra Guerra Civil o en plena Segunda Guerra Mundial y que alcanzamos la mayoría de edad a comienzos de los años sesenta somos la generación del escepticismo y la esperanza: escepticismo, miedo y tristeza por todo lo que había sucedido unos pocos años antes en España y en el mundo, según nos enseñaban en la escuela y nos contaban nuestros mayores; esperanza de que todo aquello no volviera a repetirse, de salir del oscuro túnel en el que nos encontrábamos y de alcanzar algún día un mundo menos miserable.

Somos la generación coetánea del desarrollo de la *filosofía existencialista*. Una corriente filosófica –creada por Kierkegaard, Heidegger y Sartre– que no comparte el optimismo sobre el destino final de la humanidad que subyace en las grandes corrientes filosóficas anteriores, desde la ilustración hasta la aparición del positivismo y del marxismo. El existencialismo puso el acento en el *absurdo* como componente de la realidad humana; ese absurdo en el que Jean Paul Sartre encontró la clave de la existencia, la clave de sus náuseas, de su propia vida.

El expresionismo agrupó en Alemania, antes y después de la Primera Guerra Mundial, a un numeroso grupo de pintores que intentaban expresar con sus pinceles el escepticismo y la angustia del hombre contemporáneo. Otto Dix describe en uno de sus grabados una escena callejera que transcurre en Berlín unos años des-

pués de la conclusión de dicha gran Guerra, con la que el régimen militarista e imperial de Guillermo II había sufrido una humillante derrota. En dicha escena un perro enclenque levanta la pata y mea a la pata de palo de un mutilado de guerra. Con ella el expresionismo alemán viene a indicarnos lo bajo que había caído el hombre europeo, y con él el conjunto del género humano.

La arquitectura moderna surge tanto del optimismo tecnológico como de la angustia y la desesperación. Tras la carnicería mecanizada de la Primera Guerra Mundial, el joven arquitecto alemán Walter Gropius fundó en Weimar la Bauhaus, una escuela en la que habrá de inspirarse toda la arquitectura moderna o modernista y con la que entronca la obra de dos geniales artistas: Le Corbusier y Mies van der Rohe. Frente al colapso del nuevo orden social, los arquitectos y los artistas de la Bauhaus sueñan con la utopía luminosa de un orden nuevo.

El escritor checo de origen judío Franz Kafka (1883-1924), quien pasó la mayor parte de su vida trabajando como empleado en una compañía de seguros, concibió la existencia humana como un combate perdido de antemano. En su mundo literario priman las situaciones sin salida, que se han ganado el calificativo de kafkianas. En esa realidad vital por él concebida, el hombre puede convertirse en un simple escarabajo (*Metamorfosis*, 1912) o ser arrestado sin motivo alguno (*O proceso*, 1921).

Mi infancia en Luaña

Corrían los primeros años de 1940. Era una época triste y miserable. Todos los niños teníamos que ir a la escuela del pueblo, primero, y ayudar a nuestras familias a realizar las labores del campo, después. Así y todo mi infancia en Luaña (término municipal de Brión, partido judicial de Negreira, provincia de La Coruña) fue la cosa más hermosa que pudo haberme sucedido. Tuve la suerte de nacer en el seno de una familia maravillosa, una familia de emigrantes, siempre a caballo entre Galicia y Argentina y Cuba, primero, y Brasil y Venezuela, después. Mis padres y mis abuelos me educaron en el amor al trabajo y al saber, en el respeto a los demás, en la disciplina, la honradez, la generosidad... De ellos aprendí todo lo verdaderamente importante.

Era una época en la que en Luaña había todavía duendes, brujas, tesoros escondidos y santos que hacían llover o que aplacaban los truenos. Es el mundo fantástico y maravilloso que aparece descrito en el libro de mi autoría *Luaña. Mitos, costumes e crencias dunha parroquia galega* (Vigo: Galaxia, 1979).

En Luaña están también los lugares en los que moró *O raposo Careto. Un raposo prieiro e pillabán; campaneiro e sacristán*.

Se vivía en plena armonía con la naturaleza y en completa dependencia de ella. Todo era paz, felicidad, alegría.

El verdadero problema, la angustia existencial, comenzó en el momento en que dejé de ser niño y comencé a pensar, al igual que la mayor parte de los jóvenes de mi edad, qué hacer con mi vida, cómo encarar el futuro.

La economía de la alpargata y de la fiambarrera

La economía en Luaña por aquella época era fundamentalmente autárquica y de subsistencia. Toda la actividad económica estaba orientada al autoconsumo y no al intercambio. Se compraba o se vendía lo imprescindible; el mercado tenía una función meramente residual. Durante las largas noches de invierno nuestros padres nos hacían zuecos y nuestras madres cardaban, hilaban y tejían la lana o el lino con el que se hacían nuestros vestidos. Se vivía como se había vivido desde tiempo inmemorial, desde el tiempo de los romanos probablemente.

Sólo los hijos únicos tenían su futuro asegurado haciéndose cargo de la explotación agraria familiar. Para los demás eran dos las alternativas que se nos presentaban: aprender alguno de los oficios de sastre, zapatero, herrero, cantero, albañil, carpintero..., o emigrar. Lo del oficio, la verdad, es que no animaba demasiado. Los que vivían de él no parecía que fueran muy felices. Trabajaban de sol a sol, en alpargatas y con la fiambarrera, por seis reales. O sin la fiambarrera, pero a trabajar sólo por la comida.

La otra alternativa era emigrar a algún país de América. Con la típica maleta de madera hecha por el carpintero del pueblo, un traje comprado en algún baratillo y el dinero del viaje prestado por algún usurero, cuya devolución se aseguraba con la garantía hipotecaria de las fincas del padre o de algún otro familiar que se prestara a ello. Y luego a tomar el *Santa María* o el *Castelo Branco*, a La Coruña o a Vigo, los populares transatlánticos portugueses que durante años no pararon de transportar emigrantes entre Europa y América.

Esta segunda alternativa era la preferida por los jóvenes más audaces y emprendedores. El que más y el que menos soñaba con la aventura americana. Si la aventura salía bien, uno regresaría algunos años después con su ostentoso *haiga*, su pulserón de oro macizo, su traje de confección con chaleco y su sombrero de ala ancha o con el típico *pajilla* cubano. Y lo que todavía era más importante, el pueblo entero rendido a sus pies y las chicas más guapas del lugar persiguiéndole por doquier.

Pero los emigrantes que triunfaban eran los menos. Muchos de ellos ni siquiera habían podido devolver el dinero del viaje, otros regresaban repatriados por cuenta del Estado español y de muchos otros nunca más se volvía a saber.

Mis recuerdos de Santiago

Mi adolescencia transcurrió entre Santiago y La Coruña. En Santiago de Compostela, en la Academia Comercial, preparé por enseñanza libre los estudios de Peritaje Mercantil, de los que teníamos que examinarnos en la Escuela Superior de Comercio de La Coruña. El director de la Academia Comercial era don Pedro Álvarez, un gran profesor y una gran persona, del que aprendí mucho. En La Coruña, en la Escuela Superior de Comercio, cursé, ya por enseñanza oficial, los estudios de Profesorado Mercantil.

En la Academia Comercial coincidí, entre otros compañeros y amigos, con José Gabriel Barreiro Pérez, Juan Piñeiro, Silverio Nieto Otero, Eugenio Estévez y Manuel Villar Pérez.

Mis años de A Coruña

En la pensión en la que me hospedaba durante los tres años que residí en La Coruña –en la Plaza de Lugo– coincidí con un grupo de estudiantes de Náutica extraordinariamente agradables y divertidos. Cuatro eran vascos, tres asturianos y dos gallegos. Varios de los ellos cantaban y tocaban la guitarra bastante bien. Casi todas las noches, después de cenar, se organizaba un gran zafarrancho.

En la misma pensión estaba también Manuel Ortigueira Bouzada, de A Laxe (Vilagarcía de Arousa), y compañero mío en la Escuela. Fue allí donde se forjó una sincera amistad entre Ortigueira y yo que proseguirá a lo largo de los años.

En La Coruña, en la Escuela Superior de Comercio, conocí y entable amistad también con Arturo Sampedro, Rogelio Valiño, Emilio Paredes, Juan Quintás y José Luis Méndez. A Félix Doldán y a José Ramón Docal también les conocí por aquella época, aunque los dos pertenecían a alguna promoción anterior.

De los catedráticos de la Escuela Superior de Comercio de aquella época guardo un especial recuerdo de don Serafín Vázquez Costa y de don Antonio Fernández Montells.

Mis años de formación en Madrid

Después de haber concluido los estudios de comercio en La Coruña, y merced a las becas concedidas como premio a mis calificaciones, me trasladé a Madrid para proseguir con los estudios de economía. Los de Madrid fueron para mi años decisivos, tanto desde el punto de vista profesional como en el aspecto intelectual y humano. Aunque no fueron rosas todas las cosas que me encontré por el camino.

Tener una beca como yo para cursar estudios superiores era una gran suerte. Pero para poder llegar a fin de mes con el dinero de la beca había que hacer juegos malabares. Para ahorrar costes de transporte, lo primero que había que hacer era instalarse en alguna de las pensiones baratas de los alrededores del viejo caserón de San Bernardo, en el que por aquel entonces se localizaba la única Facultad de Economía existente en la ciudad, la primera creada en España y una de las tres –junto con Barcelona y Bilbao– existentes en el país en aquel momento. Eran pensiones de mala muerte en las que convivíamos armoniosamente los estudiantes con las prostitutas, con los carteristas y con demás gente de malvivir; pensiones sin calefacción y sin baño, y con el teléfono cerrado con un candado para ahorrar gastos. Cada vez que uno quería hablar por teléfono tenía que pedir permiso y pagar dos reales. En las habitaciones había un lavabo en el que uno podía asearse las manos y la cara. Para bañarse o para darse uno una ducha como es debido tenía que acudir a alguna de las casas de baños públicas. Por seis reales le dejaban a uno listo para toda la semana.

Sólo residí en esas lúgubres pensiones dos cursos, que no fue poco. En cuanto pude me fui a un colegio mayor, en donde las condiciones materiales eran muy superiores y el ambiente intelectual mucho más gratificante. En el Colegio Mayor Pío

XII, fundado por el cardenal Herrera Oria, me encontré con un ambiente intelectual y humano excepcional. Todos los colegiales del Pío XII, además de la correspondiente carrera de origen, teníamos que cursar una segunda carrera por las tardes: la de Ciencias Sociales, en el Instituto Social León XIII. En el León XIII me encontré también con una gente extraordinaria y con un claustro de profesores fuera de lo corriente. Allí estaban como profesores Ángel Berna, José María Guix y Joaquín Ruiz Jiménez (Don Joaquín), quien nos explicaba, por cierto, la asignatura que versaba sobre la propiedad privada y su función social.

La Facultad de Ciencias Económicas de Madrid en los años sesenta

Como estudiante, primero, y como profesor ayudante, encargado de curso y adjunto, después, en las aulas de la entonces denominada Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales pasé toda la década de 1960. Una década verdaderamente sugerente y sorprendente. La década de la confrontación ideológica, entre marxistas y no marxistas, socialistas y comunistas, liberales y conservadores...; la década en la que el hombre reaparece de nuevo, con una inusitada fe en la ciencia y la tecnología (en la razón, en suma); una década en la que una historicidad profunda se había adueñado de todas las ramas del saber; y una década, por tanto, de profundas contradicciones porque situaba al hombre en la ambigua posición o en el terrible dilema de sentirse a la vez hacedor de la historia y minúsculo o azaroso corpúsculo que en el proceso de desarrollo histórico global no significaba absolutamente nada, lo cual causó en la juventud universitaria de aquella época bastante angustia y no pocas precipitaciones, como los acontecimientos de París de mayo de 1968, que le sumieron a su vez en una gran decepción o frustración.

En la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales me encontré con un gran plantel de insignes maestros y doctos profesores de los que aprendí mucho no sólo en el aspecto científico-técnico sino también en el plano intelectual y humano. Valentín Andrés Álvarez, José Castañeda, Gloria Vegué, José Luis Sampedro, Gonzalo Arnáis, Ángel Vegas, Carlos Ollero, José María Fernández Pirla, Emilio Figueroa, Ángel Alcaide, Royo Villanova, Fraga Iribarne, César Albiñana, Rodrigo Uría, Sancho Seral, Fuentes Quintana, Salvador Lisarrague, Velarde, Manuel Varela Parache, Gonzalo Anes, Ángel Rojo y Pedro Schwartz, entre otros.

De todos ellos hay dos a los que en estos momentos quiero y debo dedicar un especial recuerdo y expresarles una vez más mi gratitud. Me refiero a don José María Fernández Pirla y a don Gonzalo Arnáis Vellando: dos eminentes catedráticos y, para mí, queridísimos maestros.

Me propuse buscar a los grandes maestros y los encontré. No creo que pudiera existir en el mundo un centro de enseñanza superior que contara con un equipo de profesores de semejante talla intelectual y humana como el que había en aquella Facultad y con el que yo me encontré.

El primer decano de la Facultad de Ciencias Económicas de Madrid fue Fernando María Castiella, al que sucederían otros relevantes profesores de la Facultad

hasta llegar a la etapa de Carlos Berzosa y de Teresa López, la actual decana; la primera mujer en ocupar este cargo, por cierto. Todos ellos han desempeñado el cargo con una gran dignidad, en circunstancias especialmente conflictivas por razones obvias en numerosas ocasiones, sobre todo durante la década de 1960 y los primeros años de 1970. Conocí personalmente a casi todos ellos, todos me han distinguido con su amistad. De todos ellos puedo decir que fueron –y siguen siendo los que aún viven– unos verdaderos señores.

Carlos Berzosa Alonso-Martínez fue elegido democráticamente para un primer mandato en el año 1984 y fue reelegido sucesivamente hasta el año 1998. Además de un gran decano y de un excelente compañero, supo gobernar la Facultad con una gran inteligencia durante una larga etapa especialmente complicada, la etapa que precedió y sobre todo que siguió a la LRU (Ley de reforma universitaria), la ley universitaria que hizo buenas a todas las anteriores, lo cual constituye un récord merecedor de salir en el Guinness. A pesar de ella, nuestra Universidad sigue viva y funciona, gracias a la sensatez de sus profesores y alumnos y, sobre todo, al espíritu de sacrificio de las personas que han tenido que desempeñar cargos de responsabilidad universitaria durante esa época. Por su paciencia y su espíritu de servicio y sacrificio a favor de toda la comunidad universitaria, así como a los rectores que durante esa larga y conflictiva etapa han sabido estar en el punto de mando de la Universidad Complutense, quiero rendirles desde aquí mi homenaje y expresarles mi gratitud y reconocimiento.

Durante los años de la década de 1960 España era de hecho y de derecho una dictadura, pero en el interior de la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales había tanta o más libertad que en una ágora ateniense en tiempos de Pericles. Se podía hablar de todo, criticar a todo y leer cualquier libro, incluso los que teóricamente estaban prohibidos, como eran la mayoría de los publicados en el Ruedo Ibérico de París. Lo que no toleraba don Camilo Alonso Vega, a la sazón ministro de la Gobernación, eran las manifestaciones callejeras en la Gran Vía, en la ciudad universitaria o en cualquier otra plaza pública. Lo mismo que en la Facultad sucedía en la mayoría de los colegios mayores, en El Ateneo, en el Café Gijón, etcétera. Eran todos ellos interesantísimos foros de discusión intelectual y verdaderos oasis de libertad.

La intervención estatal en la economía y en la planificación económica estaban de moda en los años sesenta. Fueron los años en que en España comenzaba a fraguar, a tomar cuerpo, el estado de bienestar. A los más progresistas la planificación económica española, diseñada a imagen y semejanza del primer Plan Monet francés (1947-1952), les parecía demasiado *light*, poco intervencionista. Los planes quinquenales rusos (el modelo soviético, en definitiva) constituía para muchos la única referencia válida, el verdadero camino a seguir y el más directo para alcanzar el paraíso socialista. El último y definitivo estadio en el proceso de evolución de la humanidad, al que inexorablemente habría de conducir el desarrollo histórico del sistema capitalista o de la economía de mercado debido a sus propias contradicciones internas, según prescribía el denominado *socialismo científico* “descubierto”

por Karl Marx en el siglo XIX y perfeccionado por una legión de discípulos, seguidores y exégetas, entre los cuales se encontraban en los años sesenta eminentes economistas esparcidos por los países más desarrollados del planeta.

El pensamiento económico dominante en la década de 1960, incluso en los países capitalistas o de economía de mercado (el denominado mundo occidental), era de signo claramente intervencionista. Las ideas del gran economista británico John Maynard Keynes (1883-1946), expuestas sobre todo en su principal obra *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* (1936) tenían entonces plena vigencia. Sus ideas eran aceptadas en las aulas de la Facultad casi como dogma de fe. Estábamos todavía en la era de *la economía por el lado de la demanda*.

Las ideas de Keynes no agradaban demasiado, sin embargo, a los economistas marxistas ni a las distintas agrupaciones estudiantiles de la izquierda revolucionaria. Eran vistas por ellos como un parche o componenda con las que lo único que se conseguía era prolongar la agonía del capitalismo.

Los que por exigencias del programa de la asignatura teníamos que explicar la empresa y el mercado durante los últimos años de la década de 1960, en el marco de un sistema de economía de mercado, por supuesto, nos las veíamos y nos las deseábamos. Casi teníamos que entrar en el aula provistos de armadura, casco y espada como los guerreros medievales. El mercado era considerado como el gran Leviatán, el causante de todos los males que le habían sucedido a la humanidad hasta ese momento, que había que hacer desaparecer como fuera; y los empresarios, como los grandes expoliadores del sistema. Los jóvenes universitarios de aquella época consideraban a los empresarios como unos seres siniestros que llenaban sus bolsillos a expensas de los demás. Decir que el objetivo fundamental de la empresa capitalista era el consistente en la maximización de su beneficio o lucro era considerado por los estudiantes de aquella época casi como delictivo, y los profesores que osaban decirlo como unos carcas reaccionarios.

Recuerdo que en el año 1968 vino a verme un grupo de estudiantes, con el delegado de curso a la cabeza, para expresar su preocupación por el hecho de que yo les explicara fundamentalmente en clase el funcionamiento de la empresa capitalista y no la empresa socialista, lo que de verdad les interesaba a ellos, dada la inminencia de la extensión del sistema comunista por todo el planeta. Conseguí tranquilizarles un poco diciéndoles dos cosas. Primero, que la implantación del régimen comunista en los países de occidente a mi no me parecía tan inminente como ellos creían. Y segundo, que lo dicho para la empresa capitalista era válido en un 90% para la empresa socialista; que en lugar de maximizar beneficios habría que minimizar costes y que todo lo demás sería más o menos igual; que después de las ideas liberalizadoras de Evsei Liberman, profesor de la Universidad de Jarkov, y de otros eminentes economistas rusos entre los años 1962 y 1964, inspiradoras de la gran reforma económica llevada a cabo por Nikita Krushev en el año 1965, el beneficio empresarial como criterio o norma de rentabilidad (aunque muy limitado y controlado) era admitido en la propia Unión Soviética; que tranquilos, que si la llegada del comunismo fuera tan inminente como ellos se creían, yo les prometía que en un cursillo de una o dos semanas les pondría al día.

Así y todo, para calmar los ánimos de la masa estudiantil enfurecida con la empresa capitalista, me vi obligado a incluir en el programa varias lecciones sobre el funcionamiento de la empresa en la Unión Soviética; lecciones que tuvieron muy buena acogida entre los estudiantes y que me sirvieron a mi para que mis alumnos me respetaran.

Los estudiantes liberales –que los había– se agazapaban entre la gran masa estudiantil y no se atrevían ni a hablar. Y los estudiantes de derechas, simplemente por confesar que lo eran corrían el riesgo de ser linchados. Algunos de los estudiantes liberales, inteligentes y brillantes eran ya entonces –y lo siguen siendo hoy– buenos amigos míos. Tuve claro desde muy joven que la libertad era el valor social más fundamental, el bien más precioso, e hice mía desde muy joven la famosa sentencia de Indalecio Prieto, el ministro de Hacienda de la Segunda República: “*Soy socialista a fuer de ser liberal*”. A los liberales yo les animaba a que participaran en las discusiones, debates y coloquios de clase para que no fueran monopolizados por los estudiantes de ultraizquierda; que defendieran sus ideas sin miedo ni complejos. Pero ni así.

Mi etapa de postgraduado

Desde que terminé mis estudios de licenciatura en el año 1964 hasta que gané por oposición la cátedra de universidad en el año 1970, mientras hacía el doctorado y me curtía en la carrera académica dando clases en la Facultad (como profesor ayudante, primero, encargado de curso y adjunto, después), así como en el ICADE, en el CEU y en donde uno podía para poder ganar el dinero necesario con el que poder vivir dignamente –o al menos sobrevivir–, residí en el Colegio Mayor de Postgraduados Menéndez Pelayo y en la Residencia Universitaria de Postgraduados San Alberto Magno.

Esta etapa fue para mí sumamente enriquecedora desde el punto de vista intelectual y humano, no sólo porque me permitió profundizar en mis principales áreas de especialización en el campo de la economía y de la administración de empresas, sino también porque en las instituciones por las que pasé como profesor y en las que residí pude conocer y forjar lazos de amistad con jóvenes profesores e investigadores de las más variadas procedencias: desde la filosofía y la teología hasta la física y la biología, pasando por la ciencia jurídica, la historia, la literatura, la lingüística o la medicina. Jóvenes investigadores, profesores y opositores que en su mayor parte son hoy (o lo fueron ya) personalidades relevantes en el mundo de la ciencia o de la cultura, de la Administración Pública, de la empresa o de la política.

Galicia en el corazón

Nadie deja la tierra en que nació por gusto. Yo me fui a Madrid porque en aquel momento no había en Galicia los estudios que yo quería hacer. Pero todo gallego

que sale de su tierra sueña con volver a ella algún día. Tenemos los gallegos fama de ser gente seria, honrados y trabajadores. Se nos acepta y respeta en todas partes y, además, cuando estamos fuera de nuestra tierra somos los gallegos muy solidarios y nos echamos una mano los unos a los otros siempre que podemos.

Desde que llegué a Madrid en el año 1960 y hasta que me fui de catedrático a Málaga en el año 1970, me encontré e hice amigo de gallegos de todos los colores. Con José Ventura Feijóo, Alfonso Vázquez Vaamonde, Álvaro Porto Dapena, Francisco García Picher, Luis Blanco Vila y Luis Carrera Pásaro me encontré en el Mayor Pío XII. Los hermanos Moralejo Álvarez (José Luis y Juan José), Carlos Núñez, Victorio Magariños, Nicolás García Soto y Alfredo Deaño estaban en el Colegio Mayor Menéndez Pelayo, a la sazón dirigido por otro ilustre gallego, don Luis Sánchez-Harguindey Pimentel.

Al llegar a la Facultad me hice enseguida amigo de Senén Castro Peña y Trinta. Algunos años después me encontré también en la Facultad a Antonio López Díaz y a José Luis Méndez, con quienes más tarde coincidí en la Residencia Universitaria de Postgraduados San Alberto Magno. Fue por aquel entonces cuando conocí también a González de Páramo, José Terceiro, Manuel Blanco Losada, Feliciano Barrera Fernández, Álvaro Rodríguez Bereijo, Ferreiro Lapatza y María Avelina Besteiro.

En San Alberto estaban también Carlos Roura Roig, Luciano Vázquez Guillén, Benito Raminundo, Gerardo Burgos, Eduardo Abril y los hermanos Cal Pardo (Francisco y Enrique). A través de Luciano Vázquez Guillén me hice amigo de sus hermanos Argimiro y Antonio.

Unos días antes de presentarme a la oposición convocada para cubrir dos cátedras de mi especialidad en las Universidades de Granada (Facultad de Económicas de Málaga) y de Valencia, la primera vez que me presentaba a una cosa de semejante calibre, vino a verme a Madrid don Luis Suárez-Llanos, el decano de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Santiago de Compostela, recién creada, para ofrecerme la posibilidad de dotar una cátedra de mi especialidad en su Facultad para que yo me fuera allí. Esta posibilidad me la reiteró un año y medio más tarde don Bernardo Pena Trapero, el siguiente decano de dicha Facultad. A los dos les dije lo mismo. Que no. Que muchas gracias. Que estaba pendiente de que me dotaran una cátedra en Madrid, donde ya había echado muchas raíces y que no valía la pena complicar más las cosas. A ambos les dije también que mi paso por culaquier universidad fuera de Madrid que no fuera Santiago sería transitorio. Que si la promesa que se me había hecho en la Universidad Complutense no se cumplía me iría a Santiago definitivamente.

Mis amigos de la Complutense cumplieron su palabra y mi venida a Santiago se frustró. He de decir, sin embargo, que el ofrecimiento que me hicieron don Luis Suárez-Llanos y don Bernardo Pena se lo agradecí infinitamente y se lo agradeceré mientras viva.

Estando ya de catedrático en la Universidad Complutense de Madrid me llamaron por teléfono de la Facultad de Económicas de Santiago Bernardo Pena y Juan

Quintás. Me pedían para el curso 1974-1975 algún profesor solvente de Economía de la Empresa, porque para impartir las enseñanzas de Ciencias Empresariales recientemente implantadas carecían de profesores suficientes. Les recomendé a don Camilo Prado Freire y a don Luis Tomás Díez de Castro, que habían sido alumnos míos en Málaga, jóvenes doctores en Economía, y que se encontraban haciendo estudios postdoctorales en UCLA (la Universidad de California en Los Ángeles), becados por la Fundación Fullbright. Era lo mejor que podía ofrecerles en aquel momento. Y así fue.

La labor realizada por estos dos jóvenes profesores, sobre todo por Camilo Prado, que fue quien más tiempo permaneció en Santiago, a la vista está de todos, de lo que me alegro enormemente, como es lógico.

Mi paso por Málaga

En la Facultad de Ciencias Económicas de Málaga estuve cuatro años, desde el año 1969 hasta el año 1973, el primero como catedrático interino de Economía de la Empresa y los tres últimos como catedrático titular de esa disciplina siendo, además, decano de la Facultad durante los dos últimos años. La de Málaga constituyó para mi una valiosa e enriquecedora experiencia. Los dos primeros años residí en el Colegio Mayor Javier que los jesuitas tenían en El Palo, y allí hice buena amistad con muchos estudiantes.

En el Claustro de la Facultad coincidí con Alfonso García Barbancho, Ramón Tamames, Antonio Santillana, José Jané, José Ortiz Díaz, Juan Díaz Nicolás, Cabrera Bazán, Juan del Pino y Eduardo Polo, entre otros ilustres profesores.

En mis frecuentes viajes en avión entre Madrid y Málaga solía coincidir con Ramón Tamames, miembro del clandestino y todavía ilegal Partido Comunista. Su compañía era siempre muy agradable; culto, inteligente, brillante, creativo y en modo alguno sectario. Además de un prestigioso economista e insigne catedrático de Estructura Económica, Ramón Tamames representaba por aquella época la estética de la izquierda española.

Estando en Málaga conocí y me enamoré de mi esposa Mariyoyi, y en Málaga nació nuestra hija Inés; Pablo nació ya en Madrid.

De nuevo en Madrid

En octubre del año 1973 me reincorporé de nuevo a la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense, a la cátedra de Economía Financiera, a la que accedí en virtud de un concurso de méritos, cometido académico que he desempeñado hasta la fecha y en el cual sigo. Durante los años en que fui consejero de Cuentas del Tribunal de las del Reino pasé a la situación administrativa de excedencia especial (o de servicios especiales, como se denominó más tarde).

En esa fecha –1973– se desencadenó la crisis de la energía y las materias primas; la denominada crisis de los setenta se encontraba en su punto álgido. Las recetas de tipo keynesiano se mostraron inadecuadas para superar los graves desequilibrios económicos (paro, inflación, déficit exterior...) causados por la nueva crisis, y ello hizo renacer la denominada *economía por el lado de la oferta*.

La década de 1970 fue una década en la que se sucedieron muchas cosas dentro y fuera de nuestras fronteras. La interrupción por la fuerza de las armas del régimen democrático en Chile y la muerte violenta de su presidente Salvador Allende o la transición democrática en España y la aprobación en referéndum de la Constitución de 1978.

En el año 1973 publican Fisher Black y Myron Scholes el artículo en el que presentaron su célebre fórmula para la valoración de opciones; la ecuación diferencial que revolucionó el mundo financiero.

La planificación económica estatal, casi un mito en los círculos académicos, entra en crisis a mediados de 1970 y es arrinconada casi por completo en la década de 1980. El fracaso de la planificación económica al estilo soviético se había hecho ya patente en la década de 1960. El mercado vuelve a situarse en el centro del universo.

Al final de la década de 1980 –en el año 1989– tiene lugar la caída del Muro de Berlín.

La era de la globalización

El fenómeno de la globalización es reducido con frecuencia a su dimensión comercial. Pero lo verdaderamente nuevo no es tanto la intensificación de los intercambios comerciales y su generalización a un mayor número de países como el incremento de la movilidad internacional de los factores productivos, y no sólo del capital sino también del trabajo. El impacto sobre el mercado de trabajo es demoleedor. En los países industrializados la inmigración debilita el poder de negociación de los asalariados sobre sus patronos. La deslocalización (esto es, el desmantelamiento de la fábricas y su relocalización en países en los que las condiciones del mercado de trabajo son más favorables para los empresarios) aumenta el paro; la simple amenaza de deslocalización es suficiente para forzar una reducción de los salarios o la degradación de sus condiciones de empleo. La globalización obliga a competir, directa o indirectamente, a los asalariados del mundo entero y provoca un alineamiento a la baja de las condiciones de trabajo.

Después de la caída del Muro de Berlín en el año 1989, la economía de mercado se impone en todos los países, incluida la China comunista. El número de países miembros de la Organización Mundial de Comercio (OMC) no hace sino aumentar. A sus puertas llaman no sólo los nuevos países industrializados sino también los países en vías de desarrollo.

Las empresas multinacionales o transnacionales son el gran motor de la globalización. Las doscientas primeras empresas multinacionales son grandes conglome-

rados cuyas actividades productivas planetarias cubren sin discriminación los sectores primario, secundario y terciario. El volumen de ventas o la cifra de negocios de cualquiera de las grandes compañías transnacionales es superior a la renta nacional de muchos o de la mayoría de los países miembros de las Naciones Unidas. Un puñado de grandes empresas dominan el comercio mundial de los productos básicos.

Ahora, cuando las oficinas de planificación económica de los Estados nacionales parecen haber tirado la toalla, los planificadores estratégicos de las grandes multinacionales les han tomado el relevo. Alguien tiene que hacerlo. Como dijo Stephen Hymer (1960): “*la empresa multinacional es el vehículo utilizado para organizar la colusión a nivel mundial, un arma nueva en el arsenal de la rivalidad competitiva*”.

Dos son los pilares sobre los que se sustenta el funcionamiento económico actual de la humanidad en su devenir hacia la sociedad global: *libre comercio y derechos humanos*. Dos pilares antitéticos que precisan de un tercero que actúe de árbitro o de moderador de los conflictos que irán emergiendo cada vez con mayor virulencia a medida que aquellos se vayan llenando de contenido. Este tercer pilar no es otro que la existencia de un Estado mundial, cuya configuración se encuentra en sus inicios y cuya plasmación aún hoy es utópica. Pero si la economía se globaliza, la política también tendrá que globalizarse.

A modo de conclusión

Con la posmodernidad, el mercado, la economía de mercado y el economicismo en general se sitúan en el centro del universo para ocupar un espacio con el que nunca soñaron sus más entusiastas defensores. Un espacio que alcanza a todo el planeta Tierra, y está en el empeño de extenderse a otros planetas. La teoría económica se ha convertido en una teoría general de la acción humana, en una teoría general de la sociedad. Todo se mira bajo el filtro del competitivo principio de la cuenta de pérdidas y ganancias, de si es o no un buen negocio, lo cual constituye la más genuina expresión de la perversión materialista de la sociedad actual.

Estamos asistiendo al gran banquete de los bienes y recursos naturales más preciados, renovables y no renovables, que la madre naturaleza nos ha regalado. Se contamina y destruye el medio en el que el hombre ha surgido como especie viviente. Se está viviendo el presente de la manera más descarada y absoluta, como si el pasado no existiera y el futuro no importara.

Últimas palabras

Salí de la casa donde nací, una casa de labradores de Luaña, un día de octubre del año 1953, cuando aún era un niño. Mis padres querían que estudiara un poco de cálculo mercantil y de contabilidad antes de que tuviera que emigrar para Cuba,

Argentina o Venezuela, como habían hecho todos mis antepasados. Recuerdo que salimos de casa de noche con una luz de carburo encendida para coger el Castromil de las ocho que bajaba de Muros-Noia y que llegaba a Santiago sobre las nueve de la mañana. Atravesamos espesos bosques de robles, pinos y castaños, por el camino del Regueiro dos Vello, de unos cinco kilómetros de largo, que llevaba de Luaña a Urdilde. Había que hacerlo a pie, a caballo o en carro de bueyes. No había otra manera.

En aquellos tiempos no había en Luaña ni coches ni carreteras. Las casas no tenían los servicios más elementales. Eran los tiempos en los que aún se dormía en colchón de hojas de espigas de maíz, sobre un piso de madera que servía de techo a la cuadra de las vacas, a la vez que las vacas calentaban los dormitorios. Las tierras aún se labraban con el arado romano. Dos o tres años antes habían llegado a las casas de mi aldea (Goiáns) el agua corriente y también la luz eléctrica. Pero todo eso fue hecho con el trabajo y el dinero de los propios vecinos, sin ninguna ayuda de fuera.

Hoy la comarca en la que yo nací, igual que la mayor parte de las tierras de Galicia, está completamente desconocida. Y no hablemos de la Galicia urbana, donde el progreso aún ha sido más extraordinario.

En mi comarca –y pienso que algo semejante sucede en otras muchas zonas de Galicia– no hay casa que no tenga uno o dos cuartos de baño, uno o dos televisores, teléfono, frigorífico, ordenador vinculado a internet, máquinas y aparatos para las labores agroganaderas de toda clase.

Los gallegos son (somos) gentes tenaces, trabajadores, amigos de tener (ahorradores), arriesgados, educados en la moral del esfuerzo, acostumbrados a ganar el pan de cada día con el sudor de la cabeza y a arrancar de las entrañas de la tierra o del mar toda la manutención que sea precisa.

Pero el milagro económico del campo gallego a punto está de venirse abajo. Pintan bastos para la Galicia campesina y marinera.

Tenemos que reconocer –y esto es una buena cosa– que Galicia está transformándose en un país urbano e industrial.

Tengo la certeza de que uno de los más grandes desafíos para la Galicia de hoy es, pienso yo, salvar el campo, junto con el fomento del desarrollo de las industrias agroganaderas. El precio de la venta de la mayor parte de los frutos del campo no cubren los costes. En mi zona –la comarca del bajo Tambre–, la mayor parte de los labradores ya tiraron la toalla y vendieron la cuota de la leche, las vacas y todo lo que pudieron. Cada vez son menos los labradores que limpian de matorral los montes para huir del fuego. La mayor parte de las casas de las aldeas están vacías o desmoronadas en el suelo.

Y ahora como remate de todo esto llega a Galicia la dolencia de las vacas locas, y amenaza con venir también la gripe. Dos inquietudes que hay que añadir a otras muchas.

Los jóvenes no quieren las tierras. Jornaleros tampoco hay, y los que quedan cobran en oro. Todos los trabajos tienen que hacerse con máquinas. Cuando no hay

que comprar una nueva máquina hay que arreglar otra. Total, que a la mayoría de los labradores –los pocos que ya quedan– no les da el molino para los hierros.

“*Si no dejas las fincas no te quiero*”. Es una frase que suelen decir las chicas jóvenes a los mozos labradores que aún quedan, que suelen ser los labradores más ricos que se resisten a abandonar el modo de vida de su familia. Ante la amenaza de quedarse solteros lo dejan todo, y el hijo heredero va a buscar trabajo de camarero, de albañil, de mecánico o de lo que sea, mientras el país y sobre todo los abuelos quedan llorando en la casa. El cuento no es una broma. Para que después digan que las mujeres no tienen poder.

Creo que los ayuntamientos pueden y de hecho están haciendo cosas de mucho provecho para la Galicia campesina. Pero para hacer frente a un desafío de semejante envergadura a los ayuntamientos les hace falta contar con la ayuda de todas las Administraciones, de las diputaciones, de la Xunta, de Madrid y de Bruselas...

Existen también programas comunitarios de parecidos objetivos de los que se puede sacar fruto si se saben aprovechar bien.

No nos podemos olvidar del campo, aunque sólo sea por razones ecológicas. Hay que retener a la gente allí como sea, poniendo a su disposición unas condiciones adecuadas para llevar una vida digna. Además, a largo plazo, seguro que han de vivir mejor en la aldea que de la caridad en la ciudad.

El panorama del mar no es mejor que el del campo. Por la competencia de flotas de otros países ya casi no queda pescado en el mar. En los cultivos marineros yo pienso que puede estar el porvenir del pescado en Galicia.

*Galicia mariñeira e campesiña,
non morras, Galicia miña.
E se tes que morrer
non morras sen min.
Pois aínda que me fun,
volvín.*

Y nada más, señoras y señores. Gracias. Muchas gracias.
Como decimos aquí: *Deus volo pague a todos*.
Esto es.

**DISCURSO DE ELOGIO DEL DOCTORANDO PRONUNCIADO
POR SU PADRINO, EL DOCTOR D. JOSÉ ANTONIO REDONDO LÓPEZ,
CATEDRÁTICO DE ECONOMÍA FINANCIERA Y CONTABILIDAD DE LA
FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS Y EMPRESARIALES**

Excelentísimo y magnífico señor rector.
Excelentísimos e ilustrísimas autoridades.
Queridos compañeros, doctores y profesores.
Miembros de la Universidad.
Señoras y señores.

Para los que hemos dedicado una gran parte de nuestra vida a la universidad, existen momentos inolvidables que, sin duda, compensan el enorme sacrificio necesario para desarrollar con dignidad la labor que la sociedad nos tiene encomendada. Hoy estamos en uno de esos momentos: nuestra Universidad concede a uno de sus más egregios representantes su más alta distinción por los méritos acumulados a lo largo de una trayectoria ejemplar. Al inicio de este acto he dicho que “*sus méritos, su magisterio y sus obras hablan por él*”. Todos los que estamos aquí presentes somos conscientes de que es así.

Poder apadrinar al profesor Andrés Santiago Suárez Suárez es un privilegio que necesariamente debo compartir con mis compañeros del Departamento de Economía Financiera y Contabilidad que con tanto entusiasmo apoyaron la propuesta, con la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Santiago que unánimemente la refrendó, con la Junta de Gobierno que la suscribió y, por supuesto, con el rector, el profesor Darío Villanueva, por su colaboración y consideración con este acto tan importante para nuestra Facultad.

Conviene recordar en este punto –y aquí están muchos testigos– la estrecha colaboración del profesor Suárez, hace ya más de treinta años, en las primeras etapas de los estudios de economía en Santiago: primero como asesor en la configuración de las disciplinas de Economía de la Empresa y, más tarde, con su continua colaboración en tesis doctorales, seminarios, conferencias y, sobre todo, su permanente magisterio.

El profesor Andrés Santiago Suárez Suárez nace el 6 de octubre de 1939 en Luaña, parroquia de Brión, y comienza sus primeros estudios de economía en la Academia Comercial, situada en la plaza de Cervantes, y en la que D. Pedro Álvarez iniciaba en los estudios mercantiles a los jóvenes compostelanos interesados por hacer carrera en la banca o en el comercio. D. Pedro Álvarez, hombre de talla excepcional y gran pedagogo, supo apreciar las cualidades extraordinarias del que sería, en su larga vida docente, uno de sus alumnos predilectos. Sus sabios consejos y su estímulo contribuyeron, sin duda, a orientarlo hacia metas más ambiciosas.

Estudia Profesorado Mercantil en la Escuela Superior de Comercio de A Coruña en la que aún hoy se le recuerda como uno de los alumnos más brillantes. En el año 1960 se traslada a Madrid e inicia los estudios de economía en la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales de la Universidad Complutense, que finaliza en el año 1964 con la calificación media de sobresaliente en las especialidades de Economía General y de Empresa. En el año 1969 obtiene el grado de doctor con la calificación de sobresaliente *cum laude* y el premio extraordinario.

Labor docente

Inicia su carrera docente en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Complutense en el año 1964 como profesor ayudante de Economía y Teoría de la Contabilidad, pasando a ocupar la plaza de profesor adjunto de Economía de la Empresa hasta el año 1970.

Obtiene la plaza de catedrático de Economía de la Empresa en la Facultad de Ciencias Económicas de Málaga con el número uno, ocupándola desde el año 1970 hasta el año 1973 y asumiendo el Decanato de esa Facultad durante el bienio 1971-1973. De su estancia en Málaga surge su primera hornada de discípulos, entre los que cabría destacar a los profesores D. Manuel Ortigueira Bouzada, D. Luis Tomás Díez de Castro y D. Camilo Prado, persona clave en la configuración de los estudios de Empresariales en nuestra Comunidad Autónoma.

En el año 1973 accede a la cátedra de Economía de la Empresa de la Universidad Complutense, pasando a ser catedrático de Economía Financiera de la misma Universidad desde el año 1984 hasta la actualidad.

Su labor docente se ha venido compaginando en centros de reconocido prestigio:

- Profesor principal de Economía de la Empresa en el Centro de Estudios Universitarios (CEU) adscrito a la Universidad Complutense de Madrid.
- Profesor principal en el Instituto Católico de Dirección de Empresas (ICADE).
- Profesor principal y director de área del Colegio Universitario de Estudios Financieros (CUNEF).
- Profesor y director del Departamento de Economía de la Empresa y Contabilidad de la Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Coordinador del área de Finanzas del Centro de Estudios Superiores Sociales y Jurídicos *Ramón Carande* de Vicálvaro.

Su portentosa capacidad pedagógica, la meticulosidad en la preparación de sus lecciones y conferencias, unido a una oratoria cuidada y comprometida –que no ha decaído a lo largo de su dilatada trayectoria–, es recordada por todos los alumnos que han tenido el privilegio de tenerlo como profesor.

Labor investigadora

Su actividad docente ha ido siempre unida a su actividad investigadora, como lo demuestran sus numerosas publicaciones y aportaciones científicas a las que nos referiremos más tarde.

A lo largo de su trayectoria universitaria ha disfrutado de becas de investigación concedidas por el Ministerio de Educación y Ciencias, así como por prestigiosas fundaciones y universidades, entre las que podemos destacar:

- Beca para estudios en España por la Fundación Juan March.
- Investigador asociado honorario en el Departamento de Economía por la División de Graduados de la Universidad de California, Berkeley.
- Invitado por la Universidad de Miami para formar parte del grupo de expertos en economía, leyes y finanzas de los Estados Unidos por iniciativa de la Cámara China de Promoción del Comercio Internacional.

- Profesor visitante de la prestigiosa Graduate School of Business de la Universidad de Harvard para desarrollar una investigación sobre *Public utilities*.
- Becado por la Fundación FORD.

Aportaciones científico-técnicas

Sería excesivamente prolijo e incompatible con la brevedad que este acto requiere presentar las innumerables aportaciones del profesor Suárez a la ciencia económica. Estos días se publica su libro número veintiuno; estos libros, unidos a sus más de sesenta artículos y sin contar sus innumerables prólogos, artículos periodísticos y conferencias, serían merecedores, para hacerle justicia, más que de una *laudatio* de una tesis doctoral sobre su pensamiento. Por ello, permítaseme esbozar una pincelada sobre su extraordinaria obra científica.

Su trabajo, orientado inicialmente al campo de la investigación operativa, supone un avance considerable en la sistematización y simplificación de metodologías matemáticas que por su complejidad carecían de los referentes económicos precisos para su aplicación al mundo de la empresa. De esta etapa podemos destacar:

- La formulación de un modelo de programación de inversiones en términos de programación lineal entera con restricciones financieras, transferencias temporales de fondos e inversiones deslizables en el tiempo¹.
- La demostración de los teoremas fundamentales de la dualidad en programación lineal (que él denomina de la coincidencia, la complementariedad y la correspondencia) de manera distinta a como se había hecho con anterioridad, con una mayor sencillez y sin merma de rigor².
- Propuesta de un nuevo método de asignación de recursos que el autor denomina “de los orígenes y los destinos” a partir del problema del transporte formulado por F.L. Hitchcock en el año 1941.
- Contribución al estudio de la localización de plantas industriales y establecimientos comerciales y propuesta de un nuevo método para determinar la localización óptima de la unidad económica de producción³.
- Demostración matemática del principio de localización óptima según la mediana en espacios unidimensionales⁴.

¹ Modelo que aparece publicado por primera vez en el artículo del autor “Los criterios clásicos de determinación de la rentabilidad y selección de inversiones. Crítica y esbozo de un nuevo modelo de programación de inversiones”, *Revista Racionalización*, (marzo-abril de 1969), pp. 73-79. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

² En su obra *Aplicaciones económicas de la programación lineal*, cap. I. Madrid: Guadiana de Publicaciones, 1970.

³ *Boletín de Estudios Económicos*, vol. XXV, núm. 81, (diciembre de 1980), pp. 728-744. Bilbao: Universidad Comercial de Deusto.

⁴ *Revista de Economía Política*, núm. 74, (septiembre-diciembre de 1976), pp. 171-178. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.

–Fue el primer economista que aplicó al caso español la tesis de R. Gibrat o ley del efecto proporcional, según la cual el crecimiento de las empresas es un mero proceso estocástico. La conclusión principal es que para el período estudiado la empresa española se ha comportado según esa ley⁵.

Su contribución al campo de las finanzas tiene un valor extraordinario ya que estamos ante el primer autor que aporta una visión global del enfoque financiero de la empresa. En este sentido, su obra *Decisiones óptimas de inversión y financiación en la empresa* (primera edición en el año 1976 y decimoctava edición en el año 1996, 931 páginas) sienta las bases de la disciplina y, al mismo tiempo, constituye uno de los referentes en los que se han educado a lo largo de los últimos veinticinco años todas las promociones de economistas, no sólo de España sino también en Hispanoamérica, para las que constituye un clásico: “*El Suárez*”, tal y como se le conoce en el ámbito universitario actual, es comparable a lo que en su día significó en la formación de las primeras promociones de economistas en España *El Castañeda*, *El Rojo*, *El Fuentes Quintana*, *El Tamames*, *El Fernández Pirla*, entre otros.

En la obra el autor presenta una nueva teoría de la empresa a la que denomina teoría financiera. Dos maneras diferentes de contemplar el fenómeno microeconómico: la óptica neoclásica y la perspectiva financiera, dos enfoques que encuentran su referente en el ámbito macroeconómico en las cruces de Marshall y Fisher, respectivamente.

El profesor Suárez concibe a la empresa y al fenómeno económico en general de singular manera: frente a la teoría económica neoclásica que identifica empresa –desde el lado productivo– como un mecanismo de transformación de materias primas en o productos terminados, el profesor Suárez concibe a la empresa –desde el lado financiero– como un mecanismo de transformación de ahorro en capital productivo⁶.

Desde el punto de vista de su fenomenología económico-financiera, define a la empresa como una sucesión en el tiempo de proyectos de inversión y financiación. Para que la empresa pueda sobrevivir y, en su caso, crecer, la tasa de retorno o tipo de rendimiento interno de las inversiones realizadas ha de ser superior al coste medio ponderado de los recursos financieros utilizados en su financiación. En el descubrimiento de oportunidades de inversión cuya rentabilidad supere el coste del capital utilizado en su financiación radica la esencia de la función empresarial.

En los conceptos de tipo de rendimiento interno y coste del capital se hallan resumidos todos los teoremas y aspectos fundamentales de la moderna administración de empresas. Ellas son dos de las tres grandes compuertas que regulan el cau-

⁵ Los resultados de dicha investigación aparecen recogidos en la *Revista Económicas y Empresariales*, *Revista de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED)*, núm. 3, 1977, pp. 116-132 y núm. 5, 1978, pp. 56-63.

⁶ *Decisiones óptimas de inversión y financiación en la empresa*. Madrid: Pirámide, 1998.

dal de la actividad económica nacional; la otra está en el tipo de cambio de la divisa nacional⁷.

La empresa es, en palabras del profesor Suárez, una inversión agregada y organizada; agregada porque la empresa no es sino la estela que deja el solapamiento temporal de varios proyectos de inversión en marcha; y organizada porque este conjunto de inversiones no es un simple conglomerado o amontonamiento de actividades productivas fruto del azar o del capricho de los directivos sino la lógica consecuencia de un plan racional cuidadosamente elaborado. Pero, además, la empresa, según sostiene en su obra *Curso de Economía de la Empresa*⁸, es un sistema de coordinación central, una unidad de dirección o de planificación.

Su labor como consejero del Tribunal de Cuentas ha servido también para enriquecer, con importantísimas aportaciones, el campo de la auditoría y control del sector público. Durante los nueve años que permaneció en el Tribunal de Cuentas publicó numerosas monografías y artículos que merecieron el reconocimiento nacional e internacional, sobre todo en lo que se refiere al control de eficacia y economía, el significado económico de los conceptos y el alcance que a estos conceptos debería dársele en los trabajos de fiscalización o de auditoría pública.

En su trabajo “Reflexiones sobre la deuda pública y su control”, ponencia presentada en el *Encuentro Internacional de Entidades Fiscalizadoras Superiores*, organizado conjuntamente por el Tribunal de Cuentas de España y por la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP) en Sevilla en el año 1988⁹, el profesor Suárez muestra su desacuerdo con el teorema de la equivalencia formulado por David Ricardo a principios del siglo XIX y reelaborado modernamente, según el cual, en determinadas condiciones, la sustitución de impuestos por deuda en la financiación del gasto público no altera la riqueza total neta percibida por la colectividad. El profesor Suárez considera que el endeudamiento es la droga dura del estado del bienestar.

De su etapa en el tribunal de Cuentas es también el trabajo “El atraso económico de los pueblos”¹⁰, en el que identifica el sistema de la “economía caciquil”. No es la economía caciquil, según puntualiza el autor, un modelo ideal de organización económica, ni tampoco es la economía caciquil una economía de progreso. Frente a la arbitrariedad de la economía caciquil, fiel aliada de la oligarquía financiera y del poder político, aboga el profesor Suárez por la fría racionalidad de las leyes del mercado y la eficiencia del sector público, los dos únicos mecanismos capaces de hacer saltar los resortes caciquiles que atenazan a los pueblos y a las regiones subdesarrolladas.

⁷ Conclusión última del trabajo últimamente citado “Economía y finanzas. De la teoría de los mercados a la teoría de la empresa”, trabajo recogido en la obra colectiva editada por Ramón Febrero *Qué es Economía*, pp. 549-579. Madrid: Pirámide, 1997.

⁸ *Curso de Economía de la Empresa*. 7ª ed. Madrid: Pirámide, 1996.

⁹ Recogida en la obra colectiva editada por el Tribunal de Cuentas con el mismo título (Madrid, 1989, pp. 101-111).

¹⁰ “El atraso económico de los pueblos. Las verdaderas raíces del problema”, *Anuario Mexicano de Relaciones Internacionales*, pp. 343-356. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Su incesante labor en el campo financiero se ha completado recientemente con la excelente propuesta de un indicador de cohesión estructural o estabilidad coyuntural de la empresa. Un nuevo indicador para el análisis financiero de gran utilidad práctica cuya fundamentación teórica está en el trabajo del autor “Más acerca del riesgo económico y del riesgo financiero”¹¹, publicado en el año 1998 en la revista *Análisis Financiero*. Mediante este indicador, que el autor denomina de cohesión estructural o estabilidad coyuntural, se puede determinar el tramo del volumen de ventas (esto es, el intervalo de su cuota de mercado) que le garantiza a la empresa una fuerte cohesión estructural o sólida estabilidad (zona de abrigo), una estabilidad frágil (zona de peligro) cuando se encuentra al borde del abismo.

En un régimen económico de libre empresa o sistema de economía de mercado, concluye el profesor Suárez, sólo puede existir una cierta estabilidad económica cuando la demanda tiende a crecer de manera ilimitada o los costes fijos de las unidades económicas de producción tienden a cero.

Su labor a lo largo de más de cuarenta años tiene aportaciones de extraordinaria importancia científica: su propuesta sobre una nueva escuela o filosofía organizativa, que él denomina ecoorganización, o la identificación, justificación y propuesta de la “teoría de las burocracias rasantes”, según la cual las relaciones estructurales de autoridad, por lo que al ejercicio diario de la gestión se refiere, se establecen por fuera y en ellas quien manda es el cliente o usuario del servicio público¹².

En estos trabajos el profesor se nos revela como un pensador profundo, crítico y socialmente comprometido lo que, sin duda, constituye una de las constantes más reconocidas de su labor y que lo catalogan como uno de los grandes eruditos del pensamiento económico. En el discurso de investidura como *Doctor Honoris Causa* por la Universidad de Sevilla mantiene una postura inequívoca sobre su planteamiento vital: “Una instrumentalización profunda ha penetrado en el corazón de todas las cosas. Nada ni nadie vale nada si no es en función de la utilidad que puedan tener para otros”. Frente a la desesperada sentencia del semiólogo italiano Umberto Eco “Significo algo para los demás, luego no existo”, el profesor sostiene, con igual grado de desesperación, la tesis contraria: “No significa nada para los demás, luego no existo”¹³.

Como también resulta clara y comprometida su visión sobre la sociedad: “En un orden social en que se proteja la propiedad privada y premie el mérito personal, el ejercicio de la libertad individual conduce normalmente a desigualdades e injusticias, a que unos hombres sojuzguen o exploten a otros, que son fuente de enfrentamientos personales y conflictos sociales por doquier. Conflictos que cuando rebasan determinados límites hacen imposible el ejercicio de la libertad. De ahí la

¹¹ “Más acerca del riesgo económico y del riesgo financiero”, *Análisis Financiero*, 3º cuatr., núm. 76, pp. 6-19. Madrid.

¹² Esta nueva teoría fue dada a conocer por el profesor Suárez en su trabajo “Burocracia y eficacia administrativa”, recogido en la obra colectiva *Homenaje al profesor Don César Albiñana García*. Quintana, pp. 1395-1410. Madrid: Ministerio de Economía y Hacienda, 1987.

¹³ *Economía y organización social*. (Discurso de investidura como *Doctor Honoris Causa* por la Universidad de Sevilla, 1997).

*importancia social del ideal de la igualdad (un mal menor para los poderosos) o, al menos, de una cierta igualdad que haga factible una convivencia civilizada, en paz. Y de ahí también la importancia de la presencia del Estado para garantizar el imperio de la ley y corregir las desigualdades que el mercado crea y las mantenga dentro de unos límites tolerables*¹⁴. “Una sociedad en la que no existe relación entre esfuerzo y recompensa es –advierte también el profesor Suárez– una sociedad sin norte, a la deriva”.

Aunque en su libro *Economía de la pobreza o la pobreza de la economía. Sobre los sin techo y desheredados de este mundo*¹⁵ proclama que no sólo de mercado vive el hombre, para que en una sociedad pueda haber progreso y una cierta armonía social, además de la fría racionalidad de las leyes económicas del mercado y de la eficiente administración de los recursos puestos a su disposición por parte de las instituciones públicas, se necesita también amor y una cierta justicia social...

Este debate se reabre en su obra más reciente *Nueva economía y nueva sociedad* (primavera de 2001)¹⁶ que es fruto de las reflexiones del autor durante la última década en su condición de profesor, investigador y conferenciante.

En una sociedad en la que se ha idealizado a los “másters del universo” que reinan en los parques de medio mundo, acelerados por la cibernética y atraídos por el lujo de una hoguera de vanidades que corre el riesgo de incinerarnos a todos, la economía no se puede reducir a la realidad virtual de una pantalla de ordenador; a que una empresa sólo sea un mero apunte que parpadea en una terminal. Como advierte Suárez: “Hay valores como la paz, la libertad y la justicia, entre otros muchos, que no se pueden reducir a valores monetarios. Una cosa son los intereses individuales, a los que se puede dar respuesta a través de transacciones de mercado, y otra cosa bien distinta son los intereses colectivos, cuya respuesta requiere la presencia de instituciones diferentes de las del mercado”.

Reivindica para la economía su carácter de ciencia social y para el economista su condición de arquitecto social. Detesto, señala el profesor Suárez, la visión reduccionista que concibe la economía como una ciencia cuya única finalidad es la de explicar y elevar a categoría moral las bajas pasiones y los instintos menos nobles de la condición humana.

Sin valores morales y normas legales que los hagan factibles no hay cooperación posible. La exacerbación del individualismo destruye todo vínculo comunitario.

No podíamos olvidarnos de su obra literaria, de su ejercicio de galleguidad, de su amor a la tierra que le vio nacer. *Luaña*¹⁷, *A Regueifa*¹⁸ e *O raposo Careto*¹⁹,

¹⁴ “Economía y sociedad”, ABC, (22/11/97).

¹⁵ *Economía de la pobreza o la pobreza de la economía. Sobre los sin techo y desheredados de este mundo*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1997.

¹⁶ *Nueva economía y nueva sociedad*. Madrid: Prentice, 2001.

¹⁷ *Luaña. Mitos, costumes e crencias dunha parroquia galega*. Vigo: Galaxia, 1979.

¹⁸ *A Regueifa*. Vigo: Castrelos, 1982.

¹⁹ *O raposo Careto*. 4ª ed. Sada: Edicións do Castro, 1995.

constituyen una buena muestra del talento literario de un hombre profundamente comprometido con su tierra. Las obras citadas son una buena muestra de la fina ironía con la que aborda los mitos y supersticiones arraigadas en el sentir popular, eso sí, dentro del más profundo respeto a las costumbres y tradiciones.

De estas obras, y ya para finalizar mi *laudatio* quisiera leerles la dedicatoria en la obra *Luaña*: “*Para Retranca do Catuxo, en representación de tódolos marxidados, asoballados e abafallados por unha sociedade onde o estético ten máis importancia que o ético. Para todos aqueles que, coma Retranca do Catuxo, atopan máis amor e axuda na cabra que na propia sociedade. Para todos aqueles tamén que acoden a maxia para conquistar o consolo que a sociedade non lles puido ou quixo dar. A natura humán é así de vairada e contradictoria*”.

Usted, profesor Suárez, que nació en un lugar privilegiado gobernado por el influjo de la luna, sabe bien de su poder mágico que hace que bajo su luz todos los hombres, como los gatos, seamos pardos, sin distinciones sociales ni de ningún otro tipo; luz que hace aguzar el ingenio y los sentidos; luz bajo la que son posibles las más hermosas utopías, entre ellas que se nos aparezca la Santa Compañía o que sigamos creyendo en una sociedad más justa, sin marginados ni oprimidos como Retranca de Catuxo. Por eso quiero pedirles a los dioses y especialmente a Thot, dios lunar egipcio encargado de la escritura y del privilegio de su magisterio, varios cientos de lunas más, por supuesto, mirando para Luaña.

Muchas gracias.

**DISCURSO DE BIENVENIDA AL NUEVO DOCTOR HONORIS CAUSA
PRONUNCIADO POR EL EXCMO. SR. RECTOR MAGNÍFICO
DE LA UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA,
DOCTOR D. FRANCISCO DARÍO VILLANUEVA PRIETO**

Excelentísimo señor presidente del Consejo Social de la Universidad.

Excelentísimas e ilustrísimas autoridades.

Claustro de la Universidad.

Señoras y señores.

Desde el curso académico 1993-1994 hasta el presente que está a punto de terminar fueron veinticuatro los *doctores honoris causa* por las distintas facultades y centros de nuestra Universidad investidos en un solemne acto como el que ahora concluye. Fueron otros tantos distinguidos personajes de las ciencias, las artes, la política y la Academia los que recibieron la máxima distinción académica que nuestra *alma mater* concede. Procedían de diversos países de Europa, América y Asia, y sus nacionalidades eran muy variadas, así como sus respectivas disciplinas.

Andrés Santiago Suárez Suárez, de quien su padrino, el doctor don José Antonio Redondo, acaba de trazar una extensa exposición de méritos, es uno de los tres gallegos incluidos en este ilustre elenco, después del polígrafo Filgueira Valverde y del poeta José Ángel Valente, a los que nuestra Universidad siempre recordará.

Igualmente, nuestro *doctor honoris causa* de hoy es el tercer economista que se incorpora a nuestro cuadro doctoral honorífico, después de Edmond Malinvaud y de Enrique Fuentes Quintana, para ratificar, junto con su carácter profundamente universitario y, por lo tanto, universal, el reconocimiento que la Universidad decana de Galicia otorga sin reservas a aquellos hijos de la tierra reconocidos nacional e internacionalmente como figuras singulares de la ciencia y la cátedra.

Entre los actos que acompañaron en el año 1992 la celebración del vigésimo quinto aniversario de creación de nuestra Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales se contó con una conferencia del doctor Suárez Suárez, publicada después en el primer volumen de nuestra *Revista Galega de Economía*, conferencia a la que me voy a referir más adelante.

Fue, en efecto, en octubre del año 1967 cuando la Universidad de Santiago de Compostela pudo contar con un centro de estas características. No existían hasta entonces en toda España más que las facultades de Madrid, Barcelona y Bilbao. Aquel avance, por el que se ampliaba el marco histórico de las cinco facultades clásicas de Derecho, Medicina, Farmacia, Ciencias y Letras, representó un paso que no me recato en calificar de decisivo en el proceso de modernización académica, científica, pero también política e institucional de la Minerva compostelana. Hoy, cuando vemos ya el pasado de los estudios de Economía y Empresa entre nosotros desde una atalaya de casi siete lustros, hay que confirmar que el centro por el que hoy Andrés Santiago Suárez Suárez como doctorando lleva hecho una contribución a la historia contemporánea de Galicia en los campos científico, político y social que resulta altamente significativa, lo que continuamente llegó a exigir de la propia Universidad la renuncia reiterada a varios de sus profesores a favor del buen gobierno de la cosa pública, del desarrollo del sector privado y de la propia sociedad civil.

La trayectoria biográfica del profesor Suárez Suárez, que él mismo acaba de recapitular hermosamente, da cuenta del vacío que Galicia tenía en lo que se refiere a su oferta universitaria cuando un muchacho de Luaña, nacido el año en que terminaba la Guerra Civil, agotó las posibilidades de estudiar economía que aquí se daban en la Academia Comercial compostelana y en la Escuela Superior de Comercio coruñesa. Como él, un buen número de excelentes economistas gallegos tuvieron que hacer sus estudios superiores en la Universidad Complutense. El propio doctorando hizo mención de sus nombres. Alguno de ellos retornó a Galicia para ocupar aquí puestos de relevancia; otros, por el contrario, se quedaron en Madrid y, entre ellos, Andrés Santiago Suárez Suárez, que fue tentado para incorporarse a nuestra naciente Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales por su gran decano Luis Suárez-Llanos. Pero desde su cátedra de Madrid no dejó de contribuir al desarrollo de su disciplina en Compostela, donde hoy en día, como también en el campus de Lugo, la Economía Financiera tiene un acreditado cultivo tanto en la faceta docente como en la investigadora.

En la citada conferencia del año 1992, que el doctor Suárez Suárez tituló *La revolución del management*, se afirma que sin buenos administradores, directivos y

gerentes no pueden funcionar las empresas privadas ni las Administraciones Públicas, y esa idea es compartida por nosotros en la medida en que intentamos aplicarla desde el año 1994 en el ámbito de nuestra Universidad, correspondiéndole un destacado papel en este propósito al vicerrector y catedrático, justamente, de Economía Financiera y Contabilidad, Dr. Castro Cotón.

Porque siempre pensamos que el prestigio de una universidad dependerá siempre de la calidad de su docencia y de su investigación pero, en el contexto actual, estos objetivos no pueden ser alcanzados sin una adecuada gestión y administración de los recursos, que nunca nos cansaremos de afirmar que siguen siendo insuficientes, y los últimos datos de la OCDE recientemente publicados hablan de que el papel relativo de España por lo que se refiere a la financiación de sus universidades públicas, lejos de acercarse a los países de su entorno geográfico, político y cultural, está perdiendo posiciones lamentablemente.

En este sentido, los problemas de gestión que un equipo de gobierno universitario tiene que afrontar no son menores que los de los directivos de grandes corporaciones. Los datos hablan por si mismos: la USC atiende a unos cuarenta y tres mil estudiantes con un cuadro de personal formado por 2100 profesores y por 1200 profesionales de la administración y los servicios. Liquidada en los últimos ejercicios unos treinta mil millones de pesetas anuales, lo que representa más que la inmensa mayoría de las empresas radicadas en Galicia, que sus ciudades más grandes y que cada una de sus cuatro diputaciones.

Por supuesto que, con todo, una universidad pública no es una empresa pero hoy en día, y cada vez más, si no adopta elementos de gestión semejantes, fundados en la doctrina económica y empresarial tanto como contrastados en la práctica, irá perdiendo impulso. Lejos de representar lo que desde posturas de incomprensión retardataria se califica a veces como privatización, esta gestión contribuye a la regeneración y modernización del servicio público de la enseñanza superior. El inmovilismo de determinadas posturas, aunque avaladas por sólidos cimientos ideológicos, es anacrónico en estos momentos, y la USC así lo entiende felizmente, como demuestra la aprobación en el claustro hace una semana de un plan estratégico para el período que va desde el presente año hasta el año 2010. Después de tres años de trabajo riguroso y participativo en un clima de amplio consenso, nuestra institución pentacentenaria se abre al futuro segura de si misma, de su continuidad como la más importante institución de ciencias y enseñanza superior de Galicia, haciendo suyo el lema "*Conocimiento al servicio de la sociedad*", que acredita su voluntad de protagonismo en los nuevos tiempos.

El doctor Suárez Suárez es una figura reconocida nacional e internacionalmente, que ni terminó sus estudios en Galicia ni profesó en ella. Pero su inquietud por el país está suficientemente acreditada. Ya hice mención a alguno de sus ligazones directos con nuestra Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, pero no quisiera pasar por alto otras referencias en este sentido.

Nuestro nuevo doctor no olvidó su lengua madre tanto para su labor de publicista como para la creación ensayística y literaria. Sus artículos de prensa firmados

bajo el seudónimo de Xoan da Portela así lo acreditan, como también *A Regueifa, O raposo Careto* y el volumen que publicó en el año 1979 sobre *Luaña. Mitos, costumes e crencias dunha parroquia galega*.

Porque Andrés Santiago Suárez Suárez, a la vez que desvela la pobreza material y la falta de futuro que ahogaba a su tierra natal en los años de su niñez y adolescencia, recuerda con emoción las potencialidades humanistas de la vida rural y lamenta la despoblación de Galicia. También en gallego contribuyó, por cierto, a la obra que conmemoraba el cuarto de siglo de una iniciativa extraordinaria para el desarrollo del valle de Barcala y de la comarca de Negreira, donde nació. Me refiero a la cooperativa Feiraco, que dirige el presente del Consejo Social de la Universidad de Santiago de Compostela, don Jesús García Calvo. Ejemplos admirables como éste hablan de un camino firme donde la rentabilidad empresarial es a la vez beneficio social, acomodando la libertad del mercado a los derechos humanos más sustantivos, sobre todo el derecho al trabajo y al bienestar.

El doctor Suárez Suárez no cierra su trabajo intelectual en el estricto ámbito de la comunidad científica internacional, sino que procura contribuir con sus ideas a los grandes debates contemporáneos. Su última obra, que acaba de aparecer, trata de la nueva economía y de la nueva sociedad como los grandes desafíos del siglo XXI, y allí podrá encontrarse su postura acerca de la globalización, que no es apocalíptica pero tampoco ingenuamente encomiástica. El reto está, una vez más, en casar las nuevas posibilidades y tendencias con las demandas humanísticas invariables: los derechos de las personas y la justicia distributiva.

Entre la bibliografía de nuestro doctor hay un libro tan breve como intenso que habla de la autenticidad de ese talante humanista. Se trata de *Economía de la pobreza o la pobreza de la economía*, publicado hace cuatro años, que tiene como protagonistas a los sin techo y desheredados del mundo. El profesor Suárez Suárez muestra en estas páginas un conocimiento directo de las condiciones misérrimas de los “pobres de solemnidad”, que pueden llegar a tres millones de personas sólo en la Unión Europea, y 100.000 en Nueva York. De alguno de ellos proporciona referencias concretas sobre las causas de su marginalidad, y en muchos se cumple el desastroso exilio del campo a la ciudad para encontrar en ella aún un destino peor. Su denuncia es muy clara: no solamente de mercado vive la humanidad, y la nueva sociedad competitiva está provocando previsiblemente un buen número de desertores del nuevo orden económico.

El político y economista irlandés Edmund Burke, que vivió otro final de siglo, en su caso el XVIII, escribía en sus *Reflections on the Revolution in France*: “*La edad de la caballería ya pasó. Vencieron los sofistas, los economistas y los calculadores. Y la gloria de Europa se extinguió ya para siempre*”.

Está definitivamente acuñada la expresión “médico humanista” para referirse a una casta de estos profesionales donde la competencia científica y clínica va acompañada de la amplitud de sus conocimientos y de su curiosidad intelectual. Estos médicos humanistas, como lo era nuestro Nóvoa Santos y como lo es Domingo

García Sabell, proyectan sobre la persona todos sus saberes con una ambición de totalidad comprensiva realmente admirable.

Pues bien, pese al sarcasmo desasosegante de Edmund Burke, también existen economistas humanistas. Lo fue en gran medida un contemporáneo suyo, el ilustrado Gaspar Melchor de Jovellanos, que pasó largos meses de reflexión en Muros cuando la ocupación francesa de Asturias interrumpió su travesía marina al regreso de las Cortes de Cádiz. Me parece claro que esa es la misma estirpe de nuestro nuevo doctor, que hoy se incorpora con todo mérito a nuestro claustro de honor.

Muchas gracias por su atención, señoras y señores.